

Presentación del viernes 9 de abril de 1976

Caso Enfermedad de la mentalidad. (Brigitte. - 27 años).

UNO: Informe psiquiátrico del Hospital presentado a Lacan

Resumen de la observación médica de Brigitte.

Nacida el 24.12.1949 –

La enferma, después de haber intentado volver a contactar con su psicoterapeuta a la que no había visto desde hacía dos años en Élan, es enviada al C.P.O.A., a continuación al Servicio, el 27 de febrero de 1976. Dice que está embrujada o hipnotizada. Piensa que está teledirigida, que es el juguete de fuerzas desconocidas, añade: “la psiquiatría ambulante existe”. Es muy expansiva, parece difluente; de pensamiento confuso y caótico.

Es la mayor de una familia de seis hijos, de los cuales el último tiene 16 años actualmente. El séptimo hijo murió de pequeño cuando ella tenía unos 8 años. Uno de sus hermanos está actualmente en la cárcel por robo a mano armada.

Educada por su familia, permanece con ella hasta los 21 años tras haber obtenido un C.A.P. en taquigrafía y realizado diversos trabajos temporales. El padre es alcohólico y violento. Dice que al consultar un anuario encontró una plaza de monitora en un hogar para niños abandonados en San Chéron – todos psicóticos, según la directora – y se quedó 8 meses. La directora parece haberse preocupado mucho por ella, recibe a su familia en la institución para Navidad, está muy atenta a sus cambios de humor y se da cuenta de que su comportamiento se estabiliza al ocuparse de un taller de barro y de cerámica con los niños que están a su cargo.

Al “equivocarse de tren” se encuentra con Christian, un mal tipo que ha roto con su familia (buena) y del que ella tendrá un niño, Loïe, el 18.7.72 – La ponen de patitas en la calle en San Chéron, vive en varios hostales con Christian que la abandona al tercer mes de embarazo.

Ella sigue sin instinto maternal, tanto antes como después de dar a luz y comienza a trabajar un poco. Pega a su hijo. La dirigen a l'Élan donde ve a Dr. CH en junio. Empieza una psicoterapia con la Srta. MO de octubre del 73 a agosto del 74. Durante este periodo su hijo es entregado a una nodriza con la que sigue actualmente. Ella vuelve a vivir con su familia y se ocupa de su padre, cuya salud empeora rápidamente.

En circunstancias inexplicadas, la dirigen a la clínica de La Borde, después la envían al H.P. de Clermont de l'Oise con un certificado de manía persecutoria, donde permanece de mayo a octubre del 74; hospitalización seguida de “internamiento familiar” (fracaso), a continuación vuelve con su familia.

Entretanto su padre ha muerto, al inicio de su hospitalización. Dice que vive “encerrada”, sola, intenta varias veces retomar su trabajo en la región de París, luego sube a un camión que va a Caen, donde la hospitalizan en junio del 75, con diagnóstico de manía atípica. Tratamiento con Litio, le ponen

un dispositivo intrauterino; trabaja como mujer de la limpieza fuera del hospital. Hospitalización hasta diciembre de 1975.

De vuelta en París, tiene una habitación en casa de un médico, se ocupa del niño epiléptico y trabaja a media jornada en casa de un abogado. Tras una noche leyendo un libro sobre hipnosis pide que la admitan en Pinel.

Al principio de la hospitalización era imposible obtener un discurso coherente. Los juegos de palabras, los despropósitos dominaban todo su discurso. Al parecer, todo procedía de forma asociativa. No había una verdadera teatralización, ni un verdadero sentimiento persecutorio, en el sentido de una convicción. Más bien la impresión de una creencia representada en forma de pensamientos divergentes.

Las referencias a su hijo, a los niños que cuidaba, identificables como ella, quizás enfermos, a la lectura de Bruno Bettelheim y de libros de hipnosis, al encuentro de “alguien que se hacía pasar por psiquiatra haciendo autostop”, a su psicoterapeuta, a las consultas a una mercera-vidente, en Caen, formaban la base de su discurso. Pero realmente nada se organiza para sostener una construcción delirante como tal. Al recibir las últimas noticias de su hijo, acompañadas de una foto, dirá: “nunca he estado hipnotizada o embrujada, no sé lo que me pasó”.

Esbozos del discurso de la enferma durante su hospitalización

- No me siento perseguida, me persiguen.
- Me han secuestrado en mi estudio, Cohen (el propietario) lo preparó. Todos ustedes están conchabados.
- Una chica en la calle llevaba mi chaleco; quizá hagan eso para despersonalizar.
- Estoy metida en un juego, los demás juegan y conocen las respuestas.
- Adiviné que mi hermano pequeño estaba muerto (cuando recibió la carta que anunciaba su estado grave, efectivamente, él ya estaba muerto).
- La gente del servicio, menos tres o cuatro, contándome a mí, son enfermos falsos.
- Soy la sustituta de mí misma.
- Quizá me llamo CINTA.
- Cuando mi hijo tenía diez meses... se pueden tener diez YO en uno...²⁴
- Mi hijo, me la repampinfla, no es mi hijo, es el de los otros.
- En Caen me encontré con unas personas que parecían conocerme, tenían una carpeta con cosas sobre mí, ahora estoy segura.

¿Qué me hace estar tan segura? Hay enfermos falsos, la única enferma soy yo. Hay enfermos falsos, carpetas falsas, falsos doctores. Es un juego, una técnica para que la gente sea consciente de lo que es con respecto a los otros.

Ustedes quieren hacer que cambie mi forma de verme. Me dijeron que tenía unos ojos bonitos, me lo creí. Mi mirada embellece las cosas y entonces me vi guapa.

Comentario de la presentación de Brigitte.

²⁴ N. de la t.: Juego de palabras entre los homófonos franceses “mois” (mes) y “MOI” (yo) que se pierde al traducir al español.

Memoria nosográfica sobre la Parafrenia.

La Parafrenia nació por la exigencia clínica que representaba para Kraepelin agrupar varias formas de delirio que no entraban ni en el cuadro de la Demencia Precoz ni en el de la Paranoia.

Kraepelin distinguió cuatro formas:

- la Parafrenia sistemática que reproduce más o menos el mismo tipo de delirios crónicos que describe Valentin Magnan y desde este punto de vista, la forma megalomaniaca terminal.
- la forma expansiva que corresponde con bastante exactitud a los estados de manía crónica con fantasías abundantes y desordenadas.
- la forma conspiratoria caracterizada por los falsos recuerdos, la producción de discursos o historias extrañas y la ausencia de alucinaciones y que corresponde en la escuela francesa al Delirio de la Imaginación (Dupré), tipo delirio de filiación.
- la forma fantástica caracterizada por una producción extraordinariamente lujuriosa fruto de una fase imaginativa generalmente, de ideas de persecución y de alucinaciones.

Estos delirios parafrénicos también se caracterizan por un contraste extraordinario entre “la irracionalidad” del delirio y la conducta del delirante que permanece bien adaptada.

La originalidad de esta forma de delirio ha sido criticada (en particular, por Bleuler y W. Mayer) hasta el punto de que, por desgracia, el mismo Kraepelin termina por unir el grupo de parafrénias que había intentado aislar con tantas dificultades, al grupo de las esquizofrenias y a dejar que se confunda.

Ejemplo clínico: ¿Schreber es un parafrénico como afirma H. Ey?

Todos conocemos la aversión de Freud al término esquizofrenia (Carta 70 a Young y Caso Schreber). Sin embargo, Freud utiliza para Schreber el término Dementia Paranoide y escribe: “los fenómenos paranoides y esquizofrénicos pueden combinarse con todas las proporciones posibles de forma que resulte un cuadro clínico como el de Schreber, cuadro clínico que merece el nombre de demencia paranoide”.

Para Lacan el caso Schreber va más allá de la Paranoia, ya que resulta paradigma de la Psicosis.

La Parafrenia es la enfermedad de tener mentalidad.

¿Qué es la mentalidad en Lacan?

En el seminario R.S.I. dice que el nudo borromeo es un nudo mental.

Acerca de las visiones de una histérica, Lacan habló de representaciones mentales.

Lo senti-mental. (Síntoma 16.12.75)

Se puede oponer la Parafrenia, enfermedad de tener mentalidad, a la psicosis paranoide que es lo mismo que la personalidad, en tanto en cuanto está apoyada en el triple nudo (continuidad de lo I,S,R). (Síntoma 16.12.75)

Para aclarar esta cuestión, comencemos por la apariencia.

Con respecto a B.B, Lacan dice: “no tiene la menor idea del cuerpo que mete en su vestido. Nadie vive en ese vestido. Es un trapo”. Lo que nos remite, por ejemplo, a lo que dice B.B p. 25-26 del original.

Su modo de identificación se especifica al hacerle ocupar un lugar cualquiera tras otro (p.30 del original) hasta llegar a poner en duda la identidad del otro. Es diferente de la identificación histórica: en la histórica el deseo se identifica con el deseo del Otro (Tercer tipo de identificación en el texto de Freud: La identificación). Aquí no parece haber una causa del deseo (objeto a).

¿Se puede establecer una articulación significativa a partir de sus declaraciones? La foto de su hijo no significa nada para ella. Lo único que tiene algún peso es su delirio sobre la Sra. Olivennes.

Expresa cierta inquietud por las palabras pero no por las historias: no se preocupa por lo que está articulado. No habla de encuentros sexuales sino carnales: como si el hecho de decirlo diera importancia al asunto. Dice palabras que suscitan cierta emoción: paternal, maternal (p.23 del original). Al hablar del ruso arabizado, se detiene porque le da vergüenza: ¿no se podría hablar de reticencia como testimonio de que el Otro puede engañar y en ese sentido, de un anclaje significativo?

Más bien parece que no puede decir nada sobre el lenguaje inventado (en el que el acento recae sobre la sonoridad (p. 28 del original), porque es estrictamente inarticulable; por ejemplo, no pide explicaciones sobre un chaleco suyo que lleva una enferma. Deja que las cosas pasen, no está anclado en lo imaginario: “soy la sustituta de mí misma” dice, o: “no tengo sitio”. Mientras que en la histórica el “no-tener-sitio” es un lugar nombrable a través de la repetición a causa de una presentificación del Otro – hace actuar al Otro para situarse en el lugar en el que se articula el rechazo-. En B. Burban sólo se repite que cualquier lugar es posible: “tengo cosas por todos lados, en cualquier lugar”. Percibe los rostros pero no participa de ellos. No hay retroacción de las significaciones, simplemente se deslizan. No se trata de tener influencia sobre el prójimo sino de vislumbrarlo. Se establece una semejanza con el otro del orden de la apariencia.

Se emociona con muchas cosas pero no muestra interés por nada (nótese la rapidez de su cadencia y la presentación casi maníaca). No hay un significativo amo que organice su discurso. No hay ruptura en lo que dice.

Cada vez que recibe una factura, la hace pedazos: elimina cualquier referencia.

Con respecto a ese chaleco suyo que ronda por el mundo, dice: “pasó por delante de mí muy rápido, como si no quisiera tener nada que ver conmigo”. ¿No habría que ver ese “nada que ver” o “ningún asunto”²⁵ como un significativo? ¿Quizás sea justamente ese rostro que se pasea por el mundo sin crear ningún discurso?

Esto podría fundamentar la hipótesis de que existe lo imaginario y no el Yo: sería un imaginario sin Yo: *la mentalidad de la representación*. Falta el Yo como batiburrillo de identificaciones.

Tampoco encontramos huellas del Superyó.

En cuanto al ideal del yo, el punto desde el que ella se mira, es irresoluble.

²⁵ N. de la t.: Se establece una homofonía que no funciona en la traducción al español entre “à faire” y “affaire”. No tener nada que ver con la paciente o no tener ningún asunto relacionado con la paciente.

Decir que B. es un trapo no es lo mismo que afirmar, como pasa con el Sr. A H, que es un cabroncete, una basura. La basura conoce su valor: la mierda. Aquí falta ese valor por excelencia: el objeto a (cf. p1 del original).

Se abandona a los parecidos: “me gustaría parecer una madre” y en la pág 21 del original: “parecía que nos parecíamos”. Para ella, la gente que la rodea tiene más entidad que ella misma; los siente separados.

¿Para ella hay algún anclaje al ser reconocida como una niña?

Sus preocupaciones con respecto al niño son más bien algo parecido a un delirio de filiación. Por una parte, sólo tiene apariencia de madre: la foto de su hijo no supone nada. Por otra parte, la cuestión del niño le provoca principalmente la preocupación de la filiación: cf. p.2 del original: “es una adulta pero ha debido ser una niña” y cf. p.6 del original: “¿cómo lo tuve? Como todo el mundo, a menos que...”. A fin de cuentas, la imagen que tiene del niño es la de un enfermo y encima, desarticulado (epiléptico). Cf. Igual que el amor por una muñeca.

En el caso de B.B, estaríamos ante la construcción de una psicosis anterior a una sistematización delirante y a la producción de alucinaciones (la cuestión de la ausencia de alucinaciones no está del todo zanjada). Las preguntas no han puesto en evidencia los fenómenos elementales.

DOS: Entrevista de Lacan

Srta. B – ... El contacto sentimental.

Dr. Lacan – ¿Lo dice por mí?

Srta. B – Claro, por usted. Quieren valorarme.

Dr. Lacan – ¿Quieren valorarla?

Srta. B – Es verdad que quieren valorarme, es verdad.

Dr. Lacan – Entonces, dígame qué idea tiene de su valor, ya que no necesita valorarse. Tiene su valor.

Srta. B – Sí, realmente tengo valor, tiene que ser reconocido por los demás. Si los demás no me reconocen, una se siente inferior.

Dr. Lacan – Entonces es eso. En todo caso yo estoy aquí por eso, para valorarla.

Srta. B – Está aquí para valorarme. Muy amable por venir.

Dr. Lacan – Es por usted.

Srta. B – No me lo puedo creer. ¿Puedo creerme lo que dice? Imagino que me ocultará alguna cosa. No sé nada acerca de usted. Tampoco importa que no sepa nada. Jacques Lacan o cualquier otro, no tiene importancia.

Dr. Lacan – Es lo mismo. Dígame lo que le pasó y por qué, para usted...

Srta. B – ¿Por qué estoy aquí? Porque siempre tengo problemas con mis jefes. No acepto que el jefe me dé órdenes, cuando hay trabajo que hacer, que me impongan unos horarios. Me gusta hacer lo que me apetece.

Dr. Lacan – ¿De qué se trata? Porque he oído hablar un poco de usted. Me han dado algunos datos sueltos sobre lo que le pasó. Dígame de qué jefe se trataba.

Srta. B – Del último jefe.

Dr. Lacan – Sí ¿cuál es? ¿Cómo se llama?

Srta. B – Sr. C.

Dr. Lacan – ¿Qué es?

Srta. B – No sé. Creo que es médico.

Dr. Lacan – ¿Por qué cree que es médico?

Srta. B – Porque me pareció que me comprendía bien, que comprendía a su hija adoptiva.

Dr. Lacan – ¿Tiene una hija adoptiva?

Srta. B – Aceptó a los hijos de la madre²⁶; se casó con la mujer y como quiere a su mujer, quiere a sus hijos, aunque los niños no respondan a sus expectativas. Es la chica epiléptica.

Dr. Lacan – ¿Se trata de una niña?

Srta. B – No es una niña. Es una adulta pero debió ser una niña.

Dr. Lacan – Explíqueme lo que le pasa a esa niña.

Srta. B – Tiene varias hijas.

Dr. Lacan – A la hija epiléptica.

Srta. B – ¿Qué quiere saber?

Dr. Lacan – Me gustaría saber si ha estado presente en algo que pareciera una crisis.

Srta. B – No parece una crisis, es una crisis. Una crisis epiléptica.

Dr. Lacan – ¿Qué sucede?

Srta. B – El sujeto se siente mal, se cae al suelo y se siente mal; se agarra a lo que...

Dr. Lacan – Explíquemelo bien. Sé que usted se ocupó de niños...

Srta. B – Inadaptados. En los hospitales psiquiátricos se vive bien con un trabajito. Se escoge un trabajo porque uno cree en él.

Dr. Lacan – ¿Cree que estuvo a punto de ser catalogada así?

²⁶ N. de la t.: La paciente se refiere a la madre de la hija adoptiva, es decir, la mujer del Sr. C.

Srta. B – Me he enterado de cómo era mi comportamiento de niña enferma. Estaba la lectura, veía varios personajes, sobretodo veía a niños enfermos.

Dr. Lacan – ¿Eran niños que veía...?

Srta. B – En San Chéron.

Dr. Lacan – Explíqueme. ¿Eso fue hace mucho tiempo?

Srta. B – Hace cinco años.

Dr. Lacan – ¿Qué la empujó a ir a San Chéron?

Srta. B – No lo sé. Buscaba un cambio total, simplemente un cambio, un cambio de valores precisamente. Quería otro trabajo; me parecía que no me valoraban lo suficiente. Estaba abocada a dejarlo. Era la típica empleada temporal a la que reemplaza otra, tres semanas después, un mes después, un mes y medio después. Allí no reemplazaba a nadie, estaba muy tranquila.

Dr. Lacan – El recuerdo que le queda de San Chéron es que estaba muy tranquila.

Srta. B – Antes de San Chéron estaba muy tranquila. Justamente, fue precisamente cuando lo de San Chéron; me llevaron, tenía problemas.

Dr. Lacan – ¿Quién le dijo eso?

Srta. B – Perdona, ¿Puedo beber un vaso de agua?

Dr. Lacan – Claro que sí.

Srta. B – Sé que hay gente a mi alrededor pero me olvido por completo.

Dr. Lacan – Sí, por supuesto, lo importante es que...

Srta. B – Lo importante es la rosa, la flor de la eglantina²⁷.

Dr. Lacan – ¿Es eso lo más importante? ¿Dígame qué tiene de importante la flor de la eglantina?

Srta. B – Es una flor, una chiquita, linda. Yendo por los caminos, vi las moras, las ciruelas, las frutas en los huertos. Daba paseos en bici. Era un poco como en aquella canción. La canción de las bicis.

Dr. Lacan – Es cierto, existe una canción así.

Srta. B – En la bici se pueden visitar varios lugares si te das un poco de prisa. En bici se va más rápido que a pie.

Dr. Lacan – Intentemos volver a San Chéron.

Srta. B – ¿Qué quiere saber?

Dr. Lacan – Me gustaría saber cómo tuvo a su niño.

²⁷ Es uno de los nombres modernos derivados directamente de la lengua francesa, significa "flor silvestre". Es uno de tantos nombres que han utilizado las flores de forma metafórica para referirse a la belleza y esplendor de la mujer. La flor de la eglantina o escaramujo es una rosita encarnada. Su origen etimológico lo encontramos en el griego, en cuya forma quiere decir "agua", haciendo referencia directa a las características de la planta que tiene en su tallo espinas.

Srta. B – Mi niño... está ligado... está ligado a mi vida. Me han jodido²⁸ en la puerta de San Chéron.

Dr. Lacan – La directora le ha jodido en la puerta, ¿por qué?

Srta. B – Sin parecerlo, hacía política...

Dr. Lacan – ¿Qué quería usted?

Srta. B – Armar un escándalo de cuidado.

Dr. Lacan – ¿A qué llama usted...?

Srta. B – Me maltrataban, explotaban, extenuaban. Al principio me gustaba, era algo nuevo. Después. Después la Sra. Ol... me jodió... reconocía a la gente, los ortofonistas, los ceramistas; a los demás, por el contrario, los trataba como peones, como si fueran los esclavos de los niños, eran esclavos.

Dr. Lacan – ¿Ah, sí?

Srta. B – ¿Qué cree usted?

Dr. Lacan – Resulta que la conozco.

Srta. B – ¿Personalmente?

Dr. Lacan – Sí, la conozco personalmente.

Srta. B – ¿La contactó por mi tratamiento?

Dr. Lacan – Para nada. Resulta que la conozco por otra cosa.

Srta. B – En aquel momento...

Dr. Lacan – Exacto.

Srta. B – La conoce y ya está. Creo que ella es la más enferma de todos los niños, la niña enferma.

Dr. Lacan – ¿Eso es lo que piensa? Volvamos a...

Srta. B – ...nuestras ovejas²⁹.

Dr. Lacan – Quiero decir que, si he entendido bien lo que me han dicho, usted tuvo a ese niño en San Chéron.

Srta. B – Que tuve a mi hijo. Dice mi hijo, pero no piensa en mi hijo. No se lo había dicho, pero creo que lo tiene en mente. Yo he adivinado que piensa en sus hijos.

²⁸ N. de la t.: Se respeta aquí el uso vulgar del término “fichue” que, como aparece en el *Trésor de la langue française*, puede ser sinónimo del término “foutu/e”: “Synon. *condamné, fini, foutu* (vulg.), *gâché, perdu*”. Vide.: <http://atilf.atilf.fr/dendien/scripts/tlfiv5/visusel.exe?30;s=584964135;r=2;nat=;sol=0;>

²⁹ N. de la t.: Se pierde en la traducción la rima entre “revenons”-“moutons” de las respectivas intervenciones del Dr. Lacan y la paciente.

Dr. Lacan – ¿Por qué piensa que lo ha adivinado?

Srta. B – Porque podría ser mi padre o mi abuelo.

Dr. Lacan – Es evidente, podría ser abuelo. Pero dígame, ¿cómo tuvo a ese niño?

Srta. B – ¿Qué cómo lo tuve? Como todo hijo de vecino. A menos que... nunca se sabe...

Dr. Lacan – Bueno, ¿sabrás usted que no es por obra del Espíritu Santo?

Srta. B – No, sé que es por obra de la carne.

Dr. Lacan – Debe de saberlo, si tiene algo que ver con esto, si no es por obra del Espíritu Santo. ¿Qué pasó entre usted y el padre del niño? Porque el niño tendrá un padre...

Srta. B – Sí, tiene un padre. Ha tenido un padre obligatoriamente... a menos que haya sido un embarazo nervioso, lo cual me extrañaría.

Dr. Lacan – Lo típico de un embarazo nervioso es que no hay niño. ¿Dónde está el niño?

Srta. B – En Mantes-La-Jolie en casa de una nodriza. Está muy bien. Es una mujer ordenada, limpia... quizá le falte alguna cosa.

Dr. Lacan – Quizá usted.

Srta. B – Sí, quizá yo.

Dr. Lacan – ¿Ha tenido noticias del niño?

Srta. B – Sí, recientemente. Ayer recibí una carta con una foto que me mandó ella, diciéndome que si quería hablarle por teléfono, podía llamarla cuando quisiera... después de una año o dos... ahora se divierten confiando en mí. Creo que podré recogerlo cuando goce de buena salud y pueda trabajar.

Dr. Lacan – ¿Por qué no goza de buena salud?

Srta. B – Tengo cosas en la cabeza. Es la cabeza.

Dr. Lacan – ¿Qué pasa en su cabeza?

Srta. B – Me gustaría encontrar un lugar en la sociedad, en la vida. No lo encuentro. Estoy buscando un lugar para mí. No lo encuentro porque ya no hay lugar para mí.

Dr. Lacan – ¿No quiere su lugar?

Srta. B – El mío no me gusta. Es muy pequeño. Quiero uno grande, muy grande.

Dr. Lacan – ¿Qué idea tiene del lugar que se merece?

Srta. B – Me gustaría ocupar el lugar de una madre que quiere mucho a su hijo, una madre atractiva. Me gustaría estar en el lugar de la gente distinguida. A la gente distinguida se la respeta mucho más que a la gente ordinaria, la gente que tiene una vida corriente.

Dr. Lacan – Hablemos un poco de su lugar de partida.

Srta. B – ¿De partida, es decir?

Dr. Lacan – Su lugar.

Srta. B – ¿Por qué dice “de partida”? ¿del tiempo de mis padres? Tengo un lugar importante en ese sentido.

Dr. Lacan – Tenía un lugar importante, era la mayor.

Srta. B – Era la mayor de una familia de seis hijos. Cada vez que mi madre se iba para dar a luz de nuevo yo ocupaba su lugar. Lavaba las cunas, planchaba, me ocupaba de la casa, sobre todo cada vez que se iba para dar a luz de nuevo. Pero cuando estaba allí no la ayudaba, no me hacía ni mi cama. Cuando se iba, lo hacía todo. Era eficaz. Me gustaría ver que soy eficaz, es decir, hacer algo, hacer algo bien.

Dr. Lacan – ¿En algún momento creyó que la molestaba esa eficacia?

Srta. B – Sí, me molestaba porque ponía toda la energía que puede ponerle una mujer joven, una niña, más bien... molesta porque la sociedad sólo reconoce a alguien a condición de que tenga un título. Yo era eficaz pero no tenía nada que lo justificara, no tenía un título, no podía presentarme por ahí así, sin un título. Tenía experiencia personal, sabía bastantes cosas, pero...

Dr. Lacan – ¿Estudió?

Srta. B – Sólo estudié formación profesional. Desde que terminé la primaria, obtuve el certificado de estudios y en seguida tomé clases de taquimecanografía en un colegio.

Dr. Lacan – ¿Hubo algún momento en el que se sintiera... podría decirlo así... hipnotizada?

Srta. B – ¿Si hubo algún momento en el que pensase que estaba hipnotizada? No, nunca lo he pensado salvo últimamente, recientemente.

Dr. Lacan – Cuénteme lo que ha pasado últimamente.

Srta. B – Un día, tenía que trabajar como siempre. Me quedé en la cama hasta muy, muy tarde pero no tenía ganas de dormir, ni dolor de espalda, ni en los hombros. Estaba en plena forma. Lo prolongué. Leía, escribía mucho, durante todas aquellas noches. Pensé que, efectivamente, había sido hipnotizada, porque había leído varios libros que decían que se puede transmitir la hipnosis y que acto seguido el sujeto se despierta.

Dr. Lacan – Eso se lo hizo creer. Acaso eso repercutió en su pasado. A partir de ahí, de esa lectura, se dio cuenta de que en el pasado había sido hipnotizada, es decir, empujada a seguir un camino que no era el suyo.

Srta. B – En efecto, me había identificado con una persona que no se parece a mí.

Dr. Lacan – ¿Quién es esa persona que no se parece a usted?

Srta. B – Muchas personas no se parecen a mí. Conozco por lo menos a una. Iba a ver a esa gente. Tenía relaciones con esas personas. Las conozco desde hace 17 años.

Dr. Lacan – ¿Las conoce desde hace 17 años o desde que tenía 17 años?

Srta. B – Desde hace 17 años, no desde los 17 años. Me identifiqué con esa chica que...

Dr. Lacan – ¿Quién es esa chica?

Srta. B – Marie-Aline.

Dr. Lacan – ¿Marie-Aline qué?

Srta. B – Marie-Aline Fu.....

Dr. Lacan – ¿Dónde la conoció?

Srta. B – En mi primera infancia, tenía seis o siete años. Éramos un grupo de niñas. Me había dado cuenta de que ella era rubia, mucho más guapa que las otras. A menudo la peinaba. Y a veces tenía ese lado un poco malo que tienen todos los niños. Me había dibujado. Me había hecho feísima. Me dijo: mira, te he hecho feísima. Sólo lo hacía para molestarme, me decía que era feísima. Me daba un poco de pena. Son recuerdos de amor, creo que del primer amor no correspondido.

Dr. Lacan – ¿Qué quiere decir? ¿Amaba a esa niña?

Srta. B – También amé a una muñeca que se llamaba Danielle. Creo que la amaba. Los gatos. Siento amor por los gatos. No amo a mis padres. Mis padres no me daban cariño: se lo he reprochado.

Dr. Lacan – Dígame, ¿habla de su madre?

Srta. B – Hablo de mi madre.

Dr. Lacan – Ha hablado un poco de su madre ¿Y su padre?

Srta. B – ¿Qué quiere saber?

Dr. Lacan – Me gustaría saber qué noticias ha tenido de él.

Srta. B – ¿Desde cuándo? Mi padre murió, hace ya dos años.

Dr. Lacan – Dos años... ¿cuándo se enteró?

Srta. B – Me enteré poco tiempo después de mi primera hospitalización en Clermont de l'Oise.

Dr. Lacan – Cuénteme su hospitalización.

Srta. B – Me dieron la dirección.

Dr. Lacan – Iba a la clínica de Laborde. ¿Quién le recomendó la clínica de Laborde?

Srta. B – Enloquecí un poco en un momento dado. La conocí por unos amigos; encontré a un joven que quería defenderme.

Dr. Lacan – ¿Cómo se llamaba?

Srta. B – Robert. No pasa nada por hacerse llamar Robert aunque uno se llame Jacques. No es un problema.

Dr. Lacan – ¿Cómo conoció al tal Robert?

Srta. B – Haciendo autostop.

Dr. Lacan – ¿Siempre hace autostop?

Srta. B – Me gusta ver a gente diferente, ver cómo son. Juego a los espías.

Dr. Lacan – Si mi memoria no falla, es así como conoció al padre de su hijo.

Srta. B – Fue más o menos así. Me equivoqué de tren. Terminé en un pueblo al que no quería ir.

Dr. Lacan – ¿Cuál?

Srta. B – Etampes. Allí lo conocí.

Dr. Lacan – Christian. ¿Cómo se llamaba de apellido Christian?

Srta. B – An....., es un nombre saboyano.

Dr. Lacan – Entonces, ¿qué supo de él en aquel momento?

Srta. B – Creí que era... Tenía grandes dificultades. Estuvo en la cárcel.

Dr. Lacan – ¿Qué lo llevó a eso?

Srta. B – Malversación de fondos en caja, etc...

Dr. Lacan – Sí.

Srta. B – Pero no es un delincuente. Quizá tuviera una buena razón para hacerlo. Quizás fuera una protesta contra la sociedad. Se inculpó a sí mismo. Se culpabilizó. Se las arregló para que la culpa cayera sobre él.

Todo este público... ¿es normal que hable de mi caso ante todo el mundo?

Dr. Lacan – A mí me parece normal. De todos modos son personas que se interesan por su caso.

Srta. B – Sí. ¿Es gente anónima?

Dr. Lacan – No, no es gente anónima, son personas escogidas. La gente que viene aquí es gente... además, tendría que reconocer a mucha gente del servicio. Entonces ¿qué pasó con el tal Christian?

Srta. B – Se pasó... Evidentemente, tuve relaciones sexuales con él, fueron prácticamente las primeras relaciones más o menos normales que tuve con un hombre.

Dr. Lacan – ¿Las primeras relaciones más o menos normales?

Srta. B – Sí, porque realmente hubo acoplamiento. Y él no se dio cuenta. No podía expresarme de ese modo, ¿se puede decir así?

Dr. Lacan – ¿Cuánto tiempo vivió con él?

Srta. B – Fue una verdadera nadería.

Dr. Lacan – ¿Dónde vivía con él?

Srta. B – En cualquier lado. Alquilamos habitaciones en varios hostales. En aquel momento no teníamos dinero. Vivíamos en estudios. Nunca pagábamos, no teníamos dinero. Nos quedábamos un mes, más o menos. Al cabo del mes, la propietaria nos echaba, evidentemente. Creo que me hacía un

poco la loca, eso me divertía. A veces me da la impresión de que lo amo, pero soy incapaz de amar... un niño... los demás. ¿Por qué sonrío?

Dr. Lacan – No tendría por qué no sonreír. Dígame, cielito...

Srta. B – Cielito, cielito...

(se ríe).

A fin de cuentas es agradable pero sorprendente. Cielito... no me ha llamado guarra ni puta. Me río un poco fuerte pero es a propósito, es mi reacción ante ese "cielito".

Dr. Lacan – Guarra tiene un sentido, es una apreciación moral. ¿Se considera una puta?

Srta. B – Tenía un chulo por correspondencia.

Dr. Lacan – ¿Por correspondencia? ¿Qué quiere decir?

Srta. B – Escribía cartas de amor. Tenía chulo porque era puta, era puta porque tenía chulo. Pensaba... no tiene sentido, yo no era normal. La gente puede creerme o no. También hay gente que me dice... gente así...

Dr. Lacan – Llamémoslo pavonearse.

Srta. B – Sí, algo así. Pavonearme, que los otros reconozcan mi valor. Ser un personaje para hacer payasadas o ir al guiñol de los jardines de Luxemburgo.

Dr. Lacan – ¿Qué payasadas se ha dedicado a hacer? Me parece que entre esas payasadas hay cosas que hace que se parecen mucho a lo que habitualmente llamamos enfermedad mental. Yo no estoy muy dispuesto a creerme las cosas que decía hace un momento.

Srta. B – Al loco, por lo menos, lo protege la sociedad, pero cuando uno es de carácter fuerte, a ese le va menos bien.

Dr. Lacan – ¿Le ha pasado alguna vez que le contagiaron pensamientos?

Srta. B – ¿Que me contagiaron pensamientos de qué?

Dr. Lacan – ¿Pensamientos que de algún modo le impusieran?

Srta. B – ¿Que me impusieran a mí?

Dr. Lacan – ¿En algún momento ha sido eso lo que la preocupaba? ¿Se ha sentido influenciada en algún momento?

Srta. B – No he estado influenciada, no he tenido pensamientos impuestos, pero la Srta. Olivennes me ha influenciado.

Dr. Lacan – ¿Quién la influenciaba cuando pensaba estarlo?

Srta. B – La Srta. Ol..... insinuaba que me parecía a, decía que me parecía a sus niños. Un día tenía que ir a un pueblo de vacaciones –familias con educadoras; me ocupaba de un grupo. Me ofendió, porque estaba con una pequeña de diez años, una niña. Me preguntaron si era mi hija. En aquel momento no tenía hijos. Pensé que me parecía porque si tuviera una niña así, sería porque nos

parecíamos. Me dio vergüenza. Físicamente, tenía apariencia de enferma, se veía claro. ¿Acaso yo tengo apariencia de enferma?

Dr. Lacan – Para nada. ¿Qué cree que es tener una apariencia de enferma?

Srta. B – Creo que es gente... tendría que mirarlo más de cerca. Sí, ahí creo que hay un enfermo mental.

Dr. Lacan – ¿Dónde está? ¿Cuál es?

Srta. B – Sí, aquí hay uno. Es un enfermo mental (señala al Dr. Del).

Dr. Lacan – Es el Doctor Del.

Dr. Del – Sí.

Srta. B – La gente suele juzgar. Nos juzgamos mutuamente.

Dr. Lacan – ¿Nos juzgamos mutuamente?

Srta. B – Es un poco... me has visto... a mi padre lo acuso de ser un mal padre. Y yo me acuso a mí misma de ser una mala hija.

Dr. Lacan – Explíqueme.

Srta. B – Son los otros, pues... los que dicen ser mis amigos siempre me han echado en cara que mi padre era alcohólico, que era hija de un alcohólico.

Dr. Lacan – ¿De verdad era alcohólico?

Srta. B – Empedernido, diría yo. Fue culpa mía que muriera. Yo lo provoqué. Esta historia la he contado muchísimas veces.

Dr. Lacan – Cuéntemela.

Srta. B – No paro de contar siempre la misma historia, estoy harta.

Dr. Lacan – Hay que contar las cosas. ¿Quién podría contarle en su lugar?

Srta. B – Ya se lo he contado a varias personas.

Dr. Lacan – ¿A quién se lo ha contado?

Srta. B – Al Doctor Del, creo, al Doctor Ad.

Dr. Lacan – ¿Y le molesta volverlo a contar?

Srta. B – Decir lo mismo.

Dr. Lacan – De todos modos tenemos que aclarar las cosas. Vuélvamelo a contar.

Srta. B – Se me acaba de olvidar. Estaba distraída con mi vaso de agua. ¿Me ha preguntado algo?

Dr. Lacan – Le he preguntado justamente de qué modo ha sido más o menos... cuándo se ha sentido más o menos manipulada.

Srta. B – Manipulada, sí, un poco, por la Srta. Ol..... Ella me manipuló, no sólo a mí, manipulaba a todo el mundo, a todo el mundo, a todo el mundo. Hacía publicidad de esto, de lo otro, psicoterapia, haga esto, haga lo otro. Luego no me daba ni la oportunidad de comer. Me echó en cara, cuando estaba trabajando en una clase... estaba muy contenta de que la ayudara y luego, por otro lado, tenía la costumbre conmigo, le dijo a la directora que yo no tenía derecho a comer allí, que me tenía que comprar la comida. Es un poco fuerte. Afuera hacía lo mismo. Me ocupaba de los niños porque me gustaba. Además, me tenía que pagar la comida. Sin embargo me gustaba; es un trabajo muy, muy duro.

Dr. Lacan – ¿Está de acuerdo en que le gustaba?

Srta. B – Ahora estoy enferma, no puedo saberlo.

Dr. Lacan – ¿Qué piensa usted? Porque es la que lo vive en sus carnes.

Srta. B – Creo que no estoy enferma. Soy una persona que ha sufrido muchas frustraciones, pero no lo acepto. Las frustraciones se pueden aceptar o rechazar. Yo no las acepto, las rechazo... me cuestionan un montón. Quizás sea yo la que me lo imagine. Bueno, suelo tener una idea; mi razonamiento, mi comportamiento es el de un niño de tres años, así es. Quizá tengo una edad mental de tres años, es posible.

Dr. Lacan – Sí, no es imposible.

Srta. B – Tan pronto podemos tener tres años para una cosa, como podemos tener quince, o podemos tener 25 o 30 años. Tengo una edad u otra, según lo que me conviene. Tenía una madre que me servía...

Dr. Lacan – ¿Qué quiere decir?

Srta. B – Me servía animales³⁰... (¿) me servía...

Dr. Lacan – ¿Qué le servía?

Srta. B – Ya tenía bastante, la pobre. Y yo no lo hacía adrede, de verdad.

Dr. Lacan – ¿Dónde vive?

Srta. B – Vive en Angers.

Dr. Lacan – ¿Ahora mismo?

Srta. B – Vive en Angers, sí.

Dr. Lacan – ¿Con quién vive?

Srta. B – Con una persona, evidentemente.

Dr. Lacan – ¿Qué quiere decir?

³⁰ N. de la t.: Como veremos más adelante, para la paciente es un símbolo de la naturaleza humana: unos animales se comen a otros.

Srta. B – Una persona. Usted es una persona, usted, yo también, yo soy una persona. Con alguien.

Dr. Lacan – Alguien que...

Srta. B – Que es un obrero. Que es amable. Pero un poco odioso.

Dr. Lacan – Es con el que ella...

Srta. B – De momento, ni hablar.

Dr. Lacan – Entonces, sus descendientes... quiero decir, los... ¿cuántos hermanos y hermanas tiene?

Srta. B – Dos hermanas y tres hermanos.

Dr. Lacan – ¿Dos hermanas y tres hermanos? Viven...

Srta. B – Son independientes de mi madre. Sí, ahora ella ya no los tiene a su cargo. Sólo se tiene a sí misma a su cargo.

Dr. Lacan – ¿Cuánto hay? ¿tres años de diferencia más o menos entre usted y cada uno de ellos?

Srta. B – No hay tres años.

Dr. Lacan – ¿Qué edad tiene el pequeño?

Srta. B – Debe tener... el más pequeño tiene dieciséis años.

Dr. Lacan – ¿El que tiene dieciséis años también ha ahuecado el ala?

Srta. B – Ahora mismo vive en casa de mi hermana.

Dr. Lacan – Su hermana, es...

Srta. B – La hermana que está casada. Vive en su casa. La gente de mi servicio... a mí no me ayudan... mi cuñado y mi hermana. Lo hacen porque mi cuñado trabaja. Me propusieron que fuera con el niño a su casa. Ahora ya no tengo a nadie, sólo tenía a mi hermana.

Dr. Lacan – ¿Se lo propusieron?

Srta. B – Lo hablamos. Algunas veces pasé con mi hijo un fin de semana. Ahora ni hablar, porque ya no tienen sitio, a menos que...

Dr. Lacan – ¿Qué va a hacer con el niño?

Srta. B – De momento está bien donde está. Me gustaría recuperarlo rápidamente, tener un trabajo, un medio de vida. Me da miedo vivir, porque...cuando me hacen mucho daño...

Dr. Lacan – ¿Quién le hace daño además de la Sra. Ol.....?

Srta. B – Los demás, todavía hay más. Esta Marie-Aline Fu..... Ella me hace daño.

Dr. Lacan – Marie-Aline... entonces, ¿Esa Marie-Aline?

Srta. B – No la llamé por teléfono. De todos modos no le dije que venía aquí.

Dr. Lacan – ¿Por qué habría tenido que llamarla?

Srta. B – Para hacer una prueba. Me habría gustado hacer una prueba: que supieran que vuelvo a estar hospitalizada para saber si vendrían a verme...

Dr. Lacan – La tal Marie-Aline, ¿no es de la que ya me había hablado?

Srta. B – Sí.

Dr. Lacan – ¿A la que quería tanto?

Srta. B – Quería a su hermana pequeña. Luego la preferí a ella. Se podría decir que nos parecíamos. Se podría decir, pero ella no se me parecía en absoluto. Pero yo me imaginé que se me parecía. Lo que buscaba con eso era parecerme a alguien. Es condición de vida. Por eso indago en sus vidas, quiero llevar sus vidas, yo no tengo vida, llevo la vida del otro, eso es lo que busco. Lo que valoraría.

Dr. Lacan – No son cosas que se imaginen fácilmente. ¿Ha leído bastante?

Srta. B – Sí, he leído. Quizá esté influenciada por lo que he leído. Cuando tenía 17 años empecé a leer a Sartre. Me influyó.

Dr. Lacan – La influyó. Explíqueme, ¿Cómo la influyó?

Srta. B – ¿Cómo lo recuerdo? Siempre describía las cosas como enfermas, como que no estaban bien cuando algo no funcionaba, un amigo abandonado, cosas así. Escribía bien... no escribía mal.

Dr. Lacan – ¿Cuándo lo leyó?

Srta. B – Justo al salir del colegio, Empecé a trabajar casi a los 17 años. Entonces leí a Jean Paul Sartre, al mismo tiempo a Simone de Beauvoir. Sabía que eran amigos, leí al mismo tiempo a Simone de Beauvoir. No me quedé con nada, leía por leer. Se me quedaron algunas palabras, vocabulario, pero nunca se me quedó la historia. La emoción aparece al leer palabras.

Dr. Lacan – ¿Emoción ligada a qué, a una palabra?

Srta. B – A varias palabras, sí.

Dr. Lacan – ¿Por ejemplo?

Srta. B – La palabra “maternal”. Cuando miro a los niños, digo “cuidados maternos”. También me hubiera gustado que lo hicieran por mí. Siempre lo he pensado. Fue cuando conocí a la Sra. Mo....

Dr. Lacan – Hábleme de la Sra. Mo.... ¿Dónde la conoció?

Srta. B – En el centro La Rochefoucauld.

Dr. Lacan – ¿Se la adjudicaron especialmente?

Srta. B – Sí, ella fue quien me...

Dr. Lacan – ¿Cuándo conoció al Dr. Ch?

Srta. B – La fecha no la recuerdo. Hace diez meses Lo consulté...

Dr. Lacan – ¿Por qué lo consultó?

Srta. B – Tenía problemas con respecto a mi hijo. Siempre estaba enfadada. Cuando llegaba por la noche no quería comer como yo quería.

Dr. Lacan – ¿Cómo que cuando llegaba por la noche?

Srta. B – Del trabajo.

Dr. Lacan – En aquel momento se ocupaba de él. Eso no encaja, porque me ha dicho que estaba con una nodriza.

Srta. B – En aquel momento yo me ocupaba de él.

Dr. Lacan – Hubo un tiempo en que se ocupaba de él. ¿Cuántos años?

Srta. B – Casi dos años, apenas dos años por un mes o dos.

Dr. Lacan – Si, y entonces ¿quién la convenció para consultar al Doctor Ch?

Srta. B – Pensaba en una comadrona de la que me enamoré durante mi embarazo. Cuando estás por dar a luz es algo extraordinario. El rol de una comadrona que te ayuda a dar a luz, porque es amable contigo es una cosa, pero encima enamorarte de la comadrona, amarla más que a tu hijo es un poco fuerte. La comadrona era la Sra. Ta... es un poco fuerte, ¿no?

Dr. Lacan – Veamos de todos modos qué clase de amores ha experimentado.

Srta. B – Me han decepcionado mucho.

Dr. Lacan – ¿En qué sentido?

Srta. B – El hombre... me he dado cuenta de que tenía otras cosas que hacer en vez de amarme. Nunca podrán amarme como aman a su familia. No podían amarme y yo no podía obligarles a que me amaran.

Dr. Lacan – Hagamos una especie de lista. ¿Al padre de su hijo lo quiso?

Srta. B – No lo sé; creo que en el sentido sexual. Me satisfizo. A nivel afectivo podría haberlo querido, pero a veces es muy superficial y a veces demasiado violento, como mi padre. No busco hombres de ese tipo. A menudo una chica joven busca un padre a través de su marido, la imagen de su padre. No era para nada lo que yo buscaba. Acepté porque no había encontrado nada más.

Dr. Lacan – No es por lo que digan los demás... se habla mucho a tontas y a locas. ¿Entonces la Sra. Ca.....?

Srta. B – Tuve ese lapsus mucho antes que usted, quizás porque en aquel momento no estaba en psicoterapia. Efectivamente, Ca....., Ta..... ...

Dr. Lacan – Entonces, esa tal Ta....., era la persona...

Srta. B – Que pasa el paño de cocina³¹. Una vez pensé en el paño de cocina y otra vez en el cerdo³². Eso fue después. No le cuento más porque ya lo sabe.

Dr. Lacan – ¿Qué quiere decir con eso de que ya lo sé?

Srta. B – No vale la pena que le cuente mi historia. Ya ha visto mi expediente. Tengo un expediente así de grande.

Dr. Lacan – En efecto, pero es porque me lo han contado.

Srta. B – ¿Se lo han contado? ¿le han contado esa historia, qué...?

Dr. Lacan – Sí, es algo que flota, tal cual...

Srta. B – Yo preferiría vivir colgada.

Dr. Lacan – ¿Preferiría vivir colgada? Explíqueme.

Srta. B – Quizá piense en un vestido colgado. Un vestido colgado... me gustaría vivir como un traje. Si fuera anónima podría elegir el traje en el que pienso... vestiría a la gente a mi manera. Soy como un teatro de marionetas... me gustaría manejar los hilos, pero creo que encuentro a gente más fuerte que yo.

Dr. Lacan – ¿Ha encontrado gente más fuerte que usted? ¿Dígame quién?

Srta. B – Usted, por ejemplo.

Dr. Lacan – ¿Por qué... piensa que por ahora...?

Srta. B – Usted ocupa una posición de superioridad con respecto a mí. Representa la ciencia, las grandes cosas. Yo represento la vida de todos los días, la camiseta que se plancha.

Dr. Lacan – ¿Cómo llama a eso... manejar los hilos?

Srta. B – Coger los hilos con las manos.

Dr. Lacan – ¿Por qué manejo los hilos? Intento comprenderla lo mejor que puedo. ¿Qué le hace pensar que...?

Srta. B – Estoy con usted. No me deja tiempo ni para terminar lo que tengo que decir. ¡Hop! Usted...

Dr. Lacan – Es porque intento abarcar el mayor campo posible...

Srta. B – ¿El campo de qué?

Dr. Lacan – El campo de lo que ha sido su vida hasta ahora.

Srta. B – Efectivamente, detrás de mi casa había un campo por donde me paseaba, un campo de trigo...un campo de palabras. Me divertía la personalidad de las amapolas... me hubiera gustado ser institutriz.

³¹ N. de la t.: en la traducción se pierde la rima entre “Tauchon” y “torchon” (pañó de cocina).

³² N. de la t.: del mismo modo, perdemos la homofonía entre “cochon” (cerdo) y “Cauchon” al traducirlo al español.

Dr. Lacan – No es completamente inverosímil, porque era lo que usted buscaba.

Srta. B – Sí, eso creo.

Dr. Lacan – Quería hacer algo así como ser institutriz de esos pobres niños. ¿Cree que es eso?

Srta. B – Sí, creo que es eso. Por culpa del trabajo me he visto obligada a vivir durante un tiempo haciendo cosas que no me gustaban. Intentaba encontrar un lugar, un lugar mío en los demás. No sé dónde estoy, estoy en todos lados.

Dr. Lacan – Sí, son cosas... intento que las explique como las siente.

Srta. B – Hay cosas que no llego a expresar. Para expresar mis pensamientos hay un lenguaje que me gusta, el lenguaje que utilizan los médicos. Me gusta ese lenguaje. Quizás ese lenguaje representa un estrato social. El lenguaje que utilizo a veces es el de los médicos y a veces el de la gente corriente. Tengo diferentes lenguajes. Me he inventado palabras.

Dr. Lacan – Deme un ejemplo de ese lenguaje que se inventa.

Srta. B – Inventé el ruso arabizado, palabras que me vienen en mente, expresiones que terminan como las palabras que hay en Rusia y que encontramos en árabe.

Dr. Lacan – ¿Cómo se le han ocurrido los sonidos del ruso?

Srta. B – ¿Cómo se me han ocurrido? A mí solita. Yo me lo inventé.

Dr. Lacan – Es un ruso inventado. Deme un ejemplo.

Srta. B – ¿De palabras? Puedo hacerlo por escrito si quiere. Pero así no, ya está bien. No tengo ganas de ser el hazmerreír de todo el mundo.

Dr. Lacan – No es en absoluto el hazmerreír. Todos están aquí, muy interesados en los que dice. Nadie se ha reído hasta ahora.

Srta. B – No se han reído pero han sonreído. En este momento el Señor Gato...

Dr. Lacan – ¿Por qué el Señor Gato?

Srta. B – Porque los machos me perseguían. Últimamente había un gato muy gordo, un minino gordo que me perseguía. Un minino gordo perseguidor. Le doy alma a los animales. Le doy alma a la oruga que aplasto con mi bicicleta. Una vez, vi sus tripas amarillas...

Dr. Lacan – Entonces ese minino gordo en cuestión, ¿cómo interviene en esto? ¿qué relación tiene con usted?

Srta. B – Intervino..... hacer una prisionera en una prisión, mientras que en realidad..... esperaba que saliera de mis fantasmas a través de mis.....³³

Dr. Lacan – ¿Qué es ese gato?

Srta. B – Es un símbolo. Podría haber dicho tigre o pantera. Se dice que el gato caza a los ratones. Hay animales que cazan al hombre.

³³ N. de la T.: los puntos suspensivos han sido conservados respetando el original.

Dr. Lacan – Cuénteme cuál es su relación con ese personaje.

Srta. B – ¿El personaje del ratón?

Dr. Lacan – ¿Es el gato o el ratón?

Srta. B – Me quieren coger. El que coge al ratón, a veces es un gato. Coger al ratón, me digo, me van a coger a mí.

Dr. Lacan – ¿Dónde lo oye al gato? Hace un momento me ha dicho que a sus espaldas.

Srta. B – ¿A mis espaldas? ¿He dicho a mis espaldas? ¡Yo no he dicho a mis espaldas! Ah, sí, sí. No había pensado eso en absoluto. Me había tomado un café para animarme un poco, sin estar cansada. Pero no es verdad, me creía hipnotizada.

Dr. Lacan – ¿Pensó que estaba hipnotizada? ¿Qué más hay ahí? Hay otras maneras de... ¿dónde juega el gato con usted?

Srta. B – Es que hay personajes que también juegan con otros...

Dr. Lacan – Sí, por ejemplo.

Srta. B – Me gusta jugar con los otros. Pienso que quieren ganar. Sigo viendo a ese personaje.

Dr. Lacan – ¿A qué personaje sigue viendo?

Srta. B – Al payaso... yo misma.

Dr. Lacan – ¿Quién es el payaso?

Srta. B – El payaso soy yo. Por mis amores fracasados, mi desesperación, mi impotencia. El payaso que piensa, el payaso que llora, los payasos que tienen hambre, que tienen miedo... estoy cansada.

Dr. Lacan – ¿Está cansada?

Srta. B – Quizá tome el desayuno, ya que me he portado bien.

Dr. Lacan – Piensa que se ha portado bien... ha hecho un esfuerzo.

Srta. B – Hay que guardar las apariencias. Si estoy enferma, voy de enferma. Si no estoy enferma, me tratan diferente.

Dr. Lacan – Hoy no la he tratado como a una enferma.

Srta. B – Da igual.

Dr. Lacan – Dígame lo que piensa. ¿Es una enferma verdadera o falsa?

Srta. B – No lo sé, entre verdadero y falso, no llego a... no soy ni una enferma verdadera ni falsa. No soy verdadera ni falsa. Existo como enferma. Pero el problema está en ser o no ser. Hago lo que tengo ganas de hacer. Si tengo ganas de ser una verdadera enferma, soy una verdadera enferma. Si no tengo ganas, no soy una verdadera enferma.

Dr. Lacan – El último acontecimiento ha sido la foto que ha recibido de su hijo. He creído entender o escuchar que hubo un acontecimiento.

Srta. B – Sí, hubo un acontecimiento. La Sra. Br..., se mostraba reticente conmigo. Seguramente empezaba a estar harta, era mala conmigo. Me envió la foto, amablemente. Me dijo que podía ir a verle cuando quisiera, cambió conmigo. Porque ha cambiado.

Dr. Lacan – Eso son cosas que pasan.

Srta. B – ¿Cuánto tiempo llevamos?

Dr. Lacan – ¿Cuánto tiempo hace que estamos charlando? Eh, bueno, una hora y cuarto. No es demasiado.

Srta. B – No es demasiado, no. Al contrario, las consultas con los psicoterapeutas, con los psicoanalistas, no duran más de media hora, entre media hora y tres cuartos, a veces algo menos. Realmente era muy desgraciada... en aquel momento hubiera podido... me gustaría que me hicieran un regalo. Si me preguntaran lo que quiero, diría que un reloj, para ver la hora.

Dr. Lacan – ¿Ah sí?

Srta. B – Nunca se lo he dicho a nadie. El primero que tuve me lo regalé a mí misma. Lo tiré aunque funcionaba bien. Si quisieran hacerme un regalo, si quisieran hacérmelo, elegiría un reloj muy bonito.

Dr. Lacan – ¿Qué desearía al salir de aquí?

Srta. B – Me gustaría volver a encontrarme como antes de ir a casa de Cohen. Limpiaba la habitación. Trabajaba media jornada.

Dr. Lacan – Si llegara a conseguirlo, podría retomar su trabajo.

Srta. B – Sí, seguro, pero... de todos modos no me gusta... me pregunto qué puedo hacer.

Dr. Lacan – ¿Cuál considera que es su oficio?

Srta. B – El oficio que aprendí para encontrar un lugar en la sociedad. Mi cometido, para lo que estudié, es encontrar un lugar en la sociedad... los mundos imaginarios... soy papeles, los tiro, los rechazo, los acumulo. Me encanta el papel. Me gustaría saber que cuando tenga ganas de algo... a través de los papelitos, las cartitas, cuando me hicieran falta, por buena costumbre. Sólo rompo los tiques de compra. Siempre he roto los tiques de compra. He trabajado en cualquier sitio, en todas partes. Los tiques no sirven para nada. Quince días por aquí, quince días por allá. Ninguna referencia, y sin embargo hace diez años que trabajo, no tengo ninguna referencia. No vale la pena trabajar. Escribo...

Dr. Lacan – Bien. ¿Lo dejamos?

Srta. B – ¿Lo dejamos como buenos amigos? Para celebrar esta separación me voy a beber un vaso de agua. Hubiera preferido un buen *beaujolais* pero a falta de *beaujolais*, buena es el agua... las caricias son más divertidas.

Dr. Lacan – ¿Cuántas veces le ha sucedido lo de pasar por un hospital psiquiátrico?

Srta. B – Tres veces. Una en Clermont de l'Oise, una en Caen, una en París. La próxima vez será en la montaña.

Dr. Lacan – ¿Cómo fue a Caen?

Srta. B – Encontré un camión grandote en el que ponía Caen. Me dije: voy a ir a Caen. También le pedí al tipo que me llevara en el camión.

Dr. Lacan – ¿Cómo es que pidió que la admitieran en el hospital psiquiátrico?

Srta. B – Llegué de noche a una hora totalmente indebida. Le conté al tipo todo el rollo, no sé por qué.

Dr. Lacan – ¿Qué rollo le contó?

Srta. B – Que me persiguen... entonces me alojaron porque estaba enferma. Si no hubiera estado enferma no habrían dejado que me alojase.

Dr. Lacan – Pero bueno, ¿de dónde sacó esa idea de que la perseguían? ¿de dónde la cogió?

Srta. B – Era consciente de que me seguían. Cuando llegué a Laborde, la médica, Danièle Sa, no es de la asistencia social, me diagnosticó manía persecutoria. No era cierto, no tenía esos síntomas, realmente me perseguían. Cuando paseo por la calle, hay gente que me hace signos. Vi a una mujer que había cogido mi chaleco para perseguirme, para ver cómo me aferro al pasado.

Dr. Lacan – ¿Su chaleco? ¿Un chaleco real?

Srta. B – Mi chaleco real. Lo reconocí. Lo reconocí porque ya no hacen ese modelo, está pasado de moda. Lo compré en La Redoute o en los Trois Suisses, en un catálogo, se reconoce muy bien mi chaleco. No había llegado por pura casualidad a Caen, ni a París. Fue casualidad porque la gente me lo decía. Yo me decía: ¿Qué quiere la gente de mí? Por eso quería saberlo. Todo lo que concierne a mi enfermedad me gustaría saberlo, tengo que saberlo.

Dr. Lacan – La historia del chaleco que le cogieron, que reconoció que lo llevaba otra persona, ¿cuándo pasó?

Srta. B – Exactamente una semana después.

Dr. Lacan – Estaba aquí hace una semana. ¿Entonces dónde pasó?

Srta. B – En el parque.

Dr. Lacan – En el parque. ¿En qué parque?

Srta. B – Donde están los pabellones, El parque es eso. Todos los pabellones que están ahí.

Dr. Lacan – Entonces lo reconoció al salir de su pabellón. ¿Quién lo llevaba?

Srta. B – Una chica que dice que está enferma. Reconocí que no estaba enferma. Adoptaba mi identidad. Contaba cosas que...

Dr. Lacan – ¿Está al alcance de todo el mundo lo de adoptar su identidad?

Srta. B – Sí... no lo sé.

Dr. Lacan – Eso no sólo es adoptar su identidad, sino coger un objeto que le pertenece. Y no se le ocurrió preguntarse...

Srta. B – Pasó por delante de mí caminando muy de prisa, un poco como alguien que no quiere tener nada que ver conmigo. Dos noches antes, o la víspera, me contó una historia. Dijo: yo quería hacer teatro y creo que voy a volver a ser taquimecanógrafa.

Dr. Lacan – Entonces es una persona a la que ya había conocido.

Srta. B – Creo que me conoce. Conoce, sabe mi historia, de todos modos. Si no hubiera conocido mi historia, no habría llevado puesto mi chaleco, porque ella lo cogió.

Dr. Lacan – ¿Cómo lo sabe? ¿Dónde lo cogió?

Srta. B – Tengo mis cosas por todos lados. Pero no sé dónde, no sé lo que está en cada sitio.

Dr. Lacan – ¿Ese chaleco estaba en el almacén?

Srta. B – No estaba en el almacén.

Dr. Lacan – ¿En una maleta?

Srta. B – Con otras cosas que me pertenecen.

Dr. Lacan – Una maleta que tiene en su habitación.

Srta. B – ¿Qué habitación?

Dr. Lacan – Usted tiene una habitación.

Srta. B – Mi maleta no está en mi habitación, no está aquí. Está en Conflans St. Honorine.

Dr. Lacan – ¿Está segura de que esa persona tenía ese chaleco, que lo cogió de su maleta?

Srta. B – Segurísima. La gente entró en mi casa y abrió la maleta, lo cogieron todo para enloquecerme, para fastidiarme, para hacerme entrar en pánico. Querían coger todas mis cosas, lo que costaba más caro. Creo que cogieron el chaleco, eso es todo.

Dr. Lacan – En fin, ¿le hacen cosas así?

Srta. B – Seguro. Es el modo que ustedes tienen de cotillear en nuestro pasado. Va a pasar algo nuevo, hay que olvidar el pasado por completo. Todo el mundo... memoria del pasado... de todos modos, no puedo encontrar las palabras.

Dr. Lacan – ¿Qué es lo más importante de todo esto, lo que más le pesa?

Srta. B – ¿De mi pasado... lo que más cuenta? La enfermedad de mi padre me afectó.

Dr. Lacan – La enfermedad... ¿a qué enfermedad se refiere? ¿la enfermedad de la que murió?

Srta. B – La forma en que murió. Se murió de un infarto. Eso lo sé.

Dr. Lacan – ¿Entonces habla de eso?

Srta. B – No, de la enfermedad de beber como bebía, de golpear a mi madre, de ser violento. Estoy harta de estas comidas de coco. Ya es suficiente. Adiós.

Dr. Lacan – Adiós, señorita.

(la enferma sale)

Dr. Lacan – La enfermedad mental... sí, es muy difícil pensar en los límites de la enfermedad mental. ¿Quién la ha visto aquí, además de Ad..?

Dra. B – Yo la he reconocido una vez.

Dr. Lacan – Si, ¿y bien?

Dra. B – Ponía todo el acento en las posibles identificaciones variables, en los personajes que están a su alcance.

Dr. Lacan – No tiene la menor idea del cuerpo que mete en su vestido. Nadie vive en ese vestido. Es un trapo. Ilustra lo que yo llamo la apariencia. Es eso. Hay un vestido pero nadie se mete adentro. Sólo tiene relación con su ropa.

Dr. Cz – Ahora es la ropa del asilo.

Dr. Lacan – Kraepelin ha identificado esos curiosos cuadros. Se le puede llamar parafernalia y ¿por qué no puntualizar con el calificativo imaginativa? No hay ni una sola persona que haya llegado a concretarlo, ni siquiera la Sra. Ol..... Sería tranquilizador que se tratase de una enfermedad mental típica. Sería mejor que alguien pudiera ocupar ese vestido. Hay alguien para eso, quizá la Sra. Ol..... La Sra. Mo no parece haber tenido efecto sobre ella. Es como lo simbólico, lo imaginario y lo real. Es la enfermedad mental por excelencia, la excelencia de la enfermedad mental. No es una enfermedad mental que sería localizable, no es eso lo que encontramos. Va a entrar a formar parte de los locos normales que hay en nuestro ambiente. Actualmente todavía puede encontrar un lugar. Cosas de ese estilo, son... en resumidas cuentas, ir a Caen. Ahí ha contado cosas, ha contado que la perseguían. Ha reconocido el chaleco y no le ha dicho nada a la persona en cuestión. Es algo así... colgada como un vestido. Es decir que intentar su readaptación me parece a la vez totalmente utópico y superficial. Todo lo que ha dicho carecía de peso. No hay ninguna articulación en lo que dice.

Sra. L B – Tiene razón cuando dice que busca lo mismo que nosotros. Busca su enfermedad mental.

Sr. Ad – Su hijo podrá salvarla.

Dr. Lacan – No estoy del todo seguro. Ahí, incluso preferiría que no se lo confiaran. No me parece muy recomendable. Además de la enfermedad mental, preferiría que no se lo entregaran.

Dr. Fa - ¿Por qué?

Dr. Lacan – Ya tiene bastantes cosas de las que ocuparse. Quiere valorarse; que la valoren si pueden.

Dr. Fa - ¿Por qué ha dicho que para ella era un acontecimiento la foto de su hijo? Ha insistido mucho en eso. ¿Qué quería que le dijera? ¿Que le dijera que no, que no era un acontecimiento?

Dr. Lacan – No he insistido, ella no lo ha dicho. Ha sido para darle una oportunidad, una forma de averiguar si lo que Adam ha dicho sobre la foto del hijo era un acontecimiento para ella. No he visto ninguna evidencia, ninguna respuesta que me pareciera relacionada. Ha sido anodino.